



FRANÇOIS NOUDELMANN, *Un Sartre muy distinto*, traducción y edición de Laura Claravall, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2023, 207 pp. ISBN: 978-84-126572-0-3.

Pocas veces se nombra a Jean-Paul Sartre en las aulas y cuando se hace es para referirse a él como filósofo existencialista, pero esa es solo una parte: Sartre tiene una faceta política y pública que merece la pena conocer y es esencial para entender su pensamiento y los cambios que ha experimentado.

Sartre era marxista, estaba en contra del capitalismo y el colonialismo estadounidense, apoyaba las revoluciones socialistas y promulgaba un compromiso político pleno y transparente de todos los intelectuales a favor de los oprimidos por los poderosos. Es evidente que se presenta como un personaje muy interesante. Si leemos *Las palabras* podemos conocer cómo fue su infancia, cómo le influyó una figura tan estricta y severa como la de su abuelo, Charles Schweitzer, que lo introdujo en la literatura clásica. No hay otros textos autobiográficos de Sartre, pero supervisó los textos de John Gerassi: *Jean-Paul Sartre: La conciencia más odiada de su siglo* y *Conversaciones con Sartre*. Pero precisamente por eso no los podemos leer con la expectativa de conocer al verdadero Sartre, ya que solo veremos lo que él quiere que veamos. Este problema afecta a muchas de las biografías que le han dedicado. Es correcto definir a una persona usando como fuente lo que esa misma persona dice de sí, pero solo encontraremos un reflejo.

Este no es el caso del presente título: *Un Sartre muy distinto* indaga sobre la persona que hay tras el personaje. La biografía de François Noudelmann nos muestra quién era este incansable revolucionario en su intimidad. La introducción plantea la idea principal del libro, según la cual Sartre no fue el hombre que le habría gustado ser: “Hay que estar hecho de barro, pero yo estoy hecho de viento” (p. 13). Esto acompaña todos los capítulos del libro, cada uno de los cuales hace referencia a un aspecto de Sartre desconocido y oculto, contrario a la idea que tenemos de él. El hecho de que Sartre ocultara estos aspectos privados ya es contradictorio con la transparencia que alentaba tantas veces. En conversación con John Gerassi dijo que “jamás he cambiado mi forma de ser, soy lo que soy y escribo”. Esta es la afirmación que cada capítulo del libro se propone comprometer.

Sartre era un hombre muy enfocado a la política, al menos desde la Segunda Guerra Mundial, que cambió su visión del mundo y fue causa de la aparición de la revista *Les Temps Modernes* en 1945, fundada por Sartre, Simone de Beauvoir y otros colaboradores para hablar de política y temas de actualidad y que exigía a los escritores de su tiempo que adoptaran un lenguaje y mensaje de acuerdo con la realidad social. Sartre pedía a los contribuyentes que se pusieran al servicio de los ciudadanos y apoyaran las causas sociales nobles —es decir, las que él consideraba correctas— especialmente en dos aspectos: el comunismo y el anticolonialismo. El

primer capítulo del libro, ‘La política me aburre’, nos muestra que hay detrás de su compromiso con estas dos causas.

Al volver de su viaje a la URSS en 1954 desmentiría la mayoría de aspectos negativos del régimen: llegó a decir que la libertad de prensa era total y cayó en una ceguera voluntaria de la que no salió hasta tiempo después. La pregunta es si al hacer esto servía Sartre al ciudadano o fue seducido por el poder. Sartre podría haber querido convencerse a sí mismo de que el totalitarismo comunista era bondadoso, aunque esta es una posibilidad remota (existe constancia de conversaciones privadas en las que habla con suma frivolidad de las cárceles comunistas). Lo más probable es que su interés por Rusia residiera en Lena Zonina, su traductora rusa, pues se descubrieron algunas cartas personales en las que el escritor le decía que poco le importaban los problemas entre el Este y el Oeste, que solo asistía a esas reuniones para poder pasar tiempo con ella.

Podemos encontrar más problemas con su verdadero compromiso político, esta vez en relación con el anticolonialismo del que hablaba con vehemencia en el periódico *Libération*. En realidad, sus intervenciones, que reflejaban rabia e indignación, estaban pactadas con Emmanuel d’Astier de la Vigerie, fundador del periódico, que le pedía un “grito trimestral”. Sartre odiaba escribir con la violencia con que lo hacía y prefería razonar sobre estos conflictos: no le gustaban los gritos, pero aun así los daba. Evidentemente, creía en parte en lo que decía, pero sabía que no era la forma de expresarlo; no conseguía concienciar y educar, sino que generaba crispación y fanáticos inconscientes. Estos conflictos internos desvelan un Sartre oculto, pero también ilustran partes de la política que son muy frecuentes: pocas de las figuras que conocemos tienen la misma opinión que manifiestan en público, nada es tan sencillo como parece y este capítulo muestra un juego de apariencias que merece la pena leer de primera mano.

El resto de capítulos hace hincapié en la vida privada del escritor, las incoherencias entre lo dicho en público y lo que hacía en privado y una vida oculta de la que una parte de él se avergonzaba, aunque algunas cosas no fuesen reprochables por sí mismas; al fin y al cabo, ¿qué tiene de malo que Sartre se vaya de vacaciones a Italia y disfrute describiendo sus calles, paisajes y las experiencias vividas? No tendríamos fijación en esta información si Sartre no se hubiera prohibido a sí mismo ser un turista, un viajero diletante. En *Cómo dejarse ir* expone su problema con las drogas, compartido con muchos de su generación. De nuevo, Noudelmann hace hincapié en la incoherencia del existencialista crítico de la inercia y la inconsciencia: estamos condenados a ser libres, eligiendo nuestro destino y viviendo en consecuencia. No hay espacio para *dejarse ir*. Luego ¿cómo es posible que Sartre escuchara, con lágrimas en los ojos, música *sensiblera*?

Por un lado, está la música de la que Sartre habla con conocimiento; por el otro, la que canta e interpreta con emoción. Estos dos mundos raramente se unen. Lo descubrí a raíz de verlo tocando el piano, gracias a una película realizada por Madeleine Gobeil, durante una breve secuencia en la que interpreta un Nocturno de Chopin. Ahí ya se intuía a un Sartre muy distinto. Su interpretación mostraba la contradicción entre su afición por la música romántica y su crítica a los “idiotas” que escuchan los *Preludios* de Chopin, que “se figuran que los sonidos captados fluyen en ellos, dulces y nutritivos, y que sus padecimientos se convierten en música, como los del joven Werther”.

Este último ejemplo no muestra tanto un aspecto contradictorio como un aspecto personal oculto del que su personaje frío y duro se avergonzaba: su masculinidad se vería afectada si se le descubre llorando por una *simple* canción. Este aspecto se relaciona directamente con ‘¿Sartre *queer*?’’, el capítulo más cercano a

nuestro tiempo. Noudelmann trata de responder a la pregunta: ¿por qué Sartre no ha escrito nada sobre la opresión de las mujeres cuando ha escrito sobre todos los oprimidos en la tierra? Esta misma pregunta se la hace Simone de Beauvoir (autora de *El segundo sexo*). ¿Por qué guarda esa distancia con las mujeres? La respuesta no es directa. Sartre habla de que, más que una distancia con las mujeres, ha sentido gran cercanía con ellas desde niño. Vivió rodeado de mujeres. El capítulo revela un aspecto importante para entender al francés: Sartre tenía una mujer en su interior. Este es su lado sensible que le hacía emocionarse con determinadas canciones. Del modo como lo cuenta, los hombres tienen una sensibilidad poco interesante trazada a grandes rasgos: es más interesante la sensibilidad femenina. Esto no quiere decir que Sartre fuera una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre, no dice ser una mujer, sino tener una mujer. Esto le permitía compartir esta faceta despreocupada de la política, artística, calmada y cotidiana en conversaciones con mujeres, con las que él se sentía más cómodo, mientras que hablaba de temas más serios y apremiantes con los hombres. Esta diferencia le hacía tener una vida sexual distinta, en la que a veces prefería ser sumiso y ocupar el lugar femenino. Con amantes como Lena, prefería ser tratado como una mujer y usaba expresiones que acentuaban la masculinidad de su compañera, aunque esto no ocurría siempre: con cada mujer se desarrolló de una forma diferente. Decía que, con cada una de sus amantes, entraba en las diferentes “realidades herméticas” de cada una, profundizando y cambiando su propio yo, como hacía al escribir biografías: ahondaba en vidas ajenas para llenar la suya propia.

A pesar de esto no debemos pensar que Sartre sería hoy un modelo de feminismo, sino lo opuesto en muchos aspectos: el simple hecho de tener un harén de “amores contingentes” ya sería un hecho repudiado. Además, aunque disfrutaba más de las conversaciones femeninas, agregó que prefería que fuera con mujeres atractivas. Podemos ver también otros aspectos menores que hoy en día podrían considerarse machistas, como el uso del “nosotros” masculino en presencia de Beauvoir o la distinción entre la sensibilidad masculina y femenina. Al final, el intelectual resultó ser un hombre con comportamientos normales, pero con un lado oculto.

Por tanto, ¿qué podemos decir de Sartre? El reconocido filósofo francés vivió una vida pública que contradecía su vida privada: defendió cosas que nunca practicó y criticó acciones que realizaba. En definitiva, no vivió de acuerdo con lo que pensaba o, al parecer, no pudo hacerlo debido a su naturaleza. Dicho esto, ¿podemos seguir calificándolo de filósofo? La vida de Sartre no fue distinta de muchas otras, desconocidas, de hombres que crean máscaras para poder verse como a ellos les habría gustado ser: Sartre quiso ser de barro, pero le tocó ser de viento.

Unai Cava Salgado